

La abuela María

Mi abuela era mala. Muy mala. Pero le agradezco haberme inculcado la pasión por la literatura y el amor a los gatos. Se llamaba María Posada Quintanar y nació en 1885, en Zamora, Michoacán. México. Poco puedo decir de ella y de su familia. Hasta donde sé, tenía una hermana Margarita y un hermano ingeniero y propietario de minas llamado ¿Julio o Domingo? Esa hermana Margarita y su pareja educaron a María. La convirtieron en una dama de muy buenas maneras que, cuando mi hermana y yo nos poníamos bobas y nos reíamos sin parar la abuela, sin levantar la vista del plato de sopa, nos mandaba a la cocina. Mi primer recuerdo de ella, que no es mío sino adquirido, es de cuando mi mamá, muy temprano, antes de irse a dar clases, me llevaba en mi cochecito a su casa, a que pasara allí la mañana. Mi abuela me estacionaba frente a la ventana desde donde yo veía los árboles del camellón mecerse con el viento suave de la mañana. Aún ahora, esté donde esté, sea la hora que sea, ver follajes moviéndose me provoca un sueño irresistible.

Mi abuela quedó viuda siendo muy joven. A su esposo, pintor y distraído, lo arrolló un tren al salir del Colegio de Arquitectura donde daba clases. Mi abuela creció a Julio, quien a los dieciocho años se tuvo que hacer cargo de la manutención de la familia; a Margarita, mi madre, a Matilde quien siempre tuvo la cabeza llena de pájaros y quería mucho a Gutillita, como ella le decía a mi hermana; y a Alejandro, que entonces tenía ocho años. Debió hacerlo bien porque todos lograron grandes cosas. Al menos los dos “varones”.

Hablar de mi abuela y de un tirón es difícil. Me acuerdo de ella a jirones y en momentos precisos de mi vida. De pronto me viene a la memoria una de esas raras ocasiones en que tuvo un rasgo de ternura conmigo. Ella y yo vivimos una temporada en Cuernavaca. Humboldt 47 ¿o 74? Ella por cuestiones de salud, yo por mi manera de llorar. Ahora no atino a precisar el motivo de mi llanto, pero debió ser insoportable. Aquella casa pudo ser el Paraíso de no haber sido por mi eterna melancolía. Era un terreno inmenso, arbolado y

florido que yo recorría descubriendo misterios que no alcanzaba a descifrar.

Quizá por eso, llegado el momento, estudié biología.

Era noche de Halloween y los niños americanos que vivían allí se disfrazaban de mil cosas horribles. Mi abuela y yo los veíamos ir y venir de casa en casa sin entender en dónde estaba la diversión. Al oscurecer comenzaron a verse las luciérnagas con sus luces intermitentes y yo, niña de ciudad, me quedé parada, presa del más genuino terror urbano. La abuela me tomó del brazo y me sentó en su regazo sin darme explicación alguna. Me abrazó con una ternura desconocida. Aquel gesto de mi abuela aún me reconforta.

Fue la abuela María quien me enseñó a refugiarme en la literatura.

Para calmar mi tristeza, mi aburrimiento o apresurar al día que pasaba con lentitud, me ofrecía un libro. Todo desaparecía a mi alrededor y me sumergía en las vidas ajenas menos o más venturosas que la mía. Ese refugio sigue abriéndome sus puertas cada vez que recurro a él.

No recuerdo haber hablado alguna vez con la abuela María. Las dos éramos mudas por elección.

Los fines de semana, mis padres y mi hermana se iban de excursión o a visitar conventos virreinales. No bien salíamos a la carretera yo empezaba a llorar y me sumía en el suelo del coche para no ver los cerros que pasaban de prisa a pesar de ser grandes como dinosaurios. Le preguntaba a mi hermana si ya habían dejado de verse y me respondía que sí. Asomaba la cabeza y unas nuevas moles de rocas corrían a un lado de la carretera. Mis lágrimas no se hacían esperar.

Para evitar esas escenas mis padres me dejaban con la abuela.

A lo largo de esos fines de semana aprendí a jugar sola y a convertirme en bruja. En el jardín de Damas 118 había una colección de piezas arqueológicas. Una de ellas era un gran monolito con un hoyo al centro donde hice mis primeros conjuros. Lo llenaba de agua recitando a saber qué, echaba ralladura de ladrillo, hojas que iba partiendo mientras repetía mi letanía. Para terminar caracoles de los que había muchísimos entre las hojas de la enredadera. Descubrirlos era un hallazgo venturoso. Los domingos por

la mañana mi abuela y yo caminábamos en silencio, tomadas de la mano de regreso a mi casa. Con mis padres. Allí terminaba la magia del fin de semana.

Pero comencé este testimonio diciendo que era mala y hasta aquí no ha habido muestras de ese sentimiento. Su arma mortal, punzo cortante, era la lengua. Rápida como una saeta salía disparada hacia la yugular, el centro del corazón, o la femoral, según su víctima. La última que me dirigió me partió el corazón. La herida nunca cerró.

Crecí y me olvidé de ella. Tuve amigas, supongo, y dejé de llorar.

Ahora que escribo sobre la abuela María me doy cuenta de lo mucho que hizo por mí a través de nuestros silencios. Gracias, abuela María.